

Historia y Temporalidad

8ª Presentación del ciclo “Introducción al Humanismo Universalista”

Entre los temas que nos propusimos conversar, como elementos a tener en cuenta en el trabajo del historiador y el de un investigador en general, está el concepto de Paisaje de Formación.

A la hora de encarar su trabajo, el investigador se encuentra con una primera cuestión, esta es la imposibilidad de llegar a los hechos en forma directa. Sea cual sea su objeto de trabajo, la observación del mismo será de acuerdo a una determinada mirada y desde un paisaje que viene formando desde su nacimiento y que se va a interponer a la hora de interpretar los datos de su investigación.

En la anterior jornada del CEHBA realizada en el mes de junio sobre Psicología Humanista se expuso el funcionamiento de la conciencia y la aptitud de esta para observar los fenómenos internos y externos mediante la atención. Se mencionaron allí los campos de presencia y de copresencia. Citamos lo dicho en esa oportunidad:

“Podemos distinguir entre una atención simple en la cual la conciencia es atraída por los objetos y una atención dirigida en la cual la conciencia se dirige a los objetos de manera intencional. Al no estar a merced de los estímulos internos y externos tiene mayor libertad.

Cuando la atención trabaja hay objetos que aparecen como centrales y objetos que aparecen en la periferia, de modo copresente. Al atender a un objeto se hace presente un aspecto evidente, y lo no evidente opera de modo copresente. “Se cuenta con” esa parte aunque no se la atiende.

Por ejemplo: Un día cualquiera entro en mi habitación y percibo la ventana, la reconozco. Sin embargo, observo que en un ángulo del vidrio hay una quebradura... "eso no estaba ahí", me digo, al cotejar la nueva percepción con lo que recuerdo de percepciones anteriores. Vi esa ventana muchas veces antes y la recuerdo, pero el recuerdo no es pasivo como una fotografía, sino que es actuante. Lo retenido actúa

frente a lo que percibo, aunque su formación pertenezca al pasado. Antes de entrar a mi habitación daba por sentado, que la ventana debía estar allí en perfectas condiciones. No es que lo estuviera pensando, simplemente contaba con ello. Es gracias a la copresencia, a la retención actualizada y superpuesta a la percepción, que la conciencia infiere más de lo que percibe. En ese fenómeno encontramos el funcionamiento más elemental de la creencia.

La conciencia infiere más de lo que percibe, ya que cuenta con aquello que viniendo del pasado, se superpone a la percepción actual. En cada mirada que lanzo a un objeto veo en él cosas deformadas. Esto lo estamos diciendo con referencia a la superposición que las imágenes de las retenciones y futurizaciones hacen de la percepción.

Así, cuando asisto en el campo a un hermoso atardecer, el paisaje natural que observo no está determinado en sí, sino que lo determino, lo constituyo por un ideal estético al que adhiero. Y esa especial paz que experimento me entrega la ilusión de que contemplo pasivamente, cuando en realidad estoy poniendo activamente allí numerosos contenidos que se superponen al simple objeto natural.

Y lo dicho no vale solamente para este ejemplo sino para toda mirada que lanzo hacia la realidad.”

Cuando hablo de realidad externa o interna, nos dice Silo en su obra Humanizar la Tierra, prefiero hacerlo usando el vocablo “paisaje” en lugar de objeto. Y con ello doy por entendido que menciono bloques, estructuras y no la individualidad aislada y abstracta de un objeto. También me importa destacar que a esos paisajes corresponden actos del percibir a los que llamo “miradas”.

Al hablar de paisaje de formación se alude a acontecimientos que vivió un ser humano desde su nacimiento y en relación con su medio.

Así el paisaje de formación actúa como un trasfondo de interpretación y de acción, como una sensibilidad y como un conjunto de creencias y valoraciones con los que vive un individuo o una generación.

Este paisaje de formación que si queremos podemos revisar en nosotros mismos, rescatando de nuestra memoria aquellos objetos tangibles y también aquellos otros

objetos intangibles que como valoraciones, gustos, motivaciones personales y sociales han ido componiendo nuestra historia personal y que en el tiempo también se han ido modificando, nos da la intuición de que la vida del hombre está inmersa dentro de un proceso más amplio, que compartimos con otros una misma forma de sentir, una misma perspectiva para ver los acontecimientos, que somos parte de una generación que tiene pre-tensiones comunes y que a la vez compartimos con otras generaciones anteriores y posteriores a la nuestra, es decir contemporáneas, un mismo momento histórico. En un mismo horizonte temporal conviven generaciones de distinto nivel temporal, de distinto nivel de experiencia y por lo tanto lo hacen desde diferente paisaje de formación.

En las puntas están los niños y los ancianos y entre ambas se encuentran activamente los jóvenes que pugnan por llegar y la generación que efectivamente plasma su paisaje, aunque ya este, no se corresponda con el momento actual.

Cuando una generación accede al poder, es decir manifiesta sus distintas expresiones sean políticas sociales, culturales etc., tiende a plasmar los mitos, las teorías, las apetencias y los valores de aquellos paisajes hoy inexistentes pero que aún viven y actúan desde el recuerdo social en que se formó ese conjunto.

Un momento histórico se diferencia de otro cuando aparece una generación de ruptura que disputa el poder a la generación que lo detenta. Dada una ruptura, en el nuevo momento histórico se encuentran condiciones para procesar una etapa de mayor amplitud, o para que la simple mecánica de la dialéctica generacional se continúe.

Así en esta dialéctica entre las generaciones que conviven en un mismo tiempo encontramos la dinámica de la historia.

Las generaciones no se suceden, si no que lo esencial es que se solapan. Siempre hay dos generaciones actuando al mismo tiempo, en plenitud, sobre los mismos temas pero desde distintos paisajes.

Según Ortega “cada generación representa un trazo esencial intransferible e irreparable del tiempo histórico, de la trayectoria vital de la humanidad. Por eso es el hombre sustancialmente histórico”, para él es el concepto que expresa la efectiva articulación de la historia y que por lo tanto es el método fundamental para la investigación histórica.

A la vez Silo dice: La continuidad está dada por las generaciones humanas que no están puestas “unas al lado de las otras” sino que se interactúan y se transforman. Estas generaciones que permiten continuidad y desarrollo son estructuras dinámicas, son el tiempo social en movimiento, sin el cual una sociedad caería en estado natural y perdería su condición de sociedad.

Seguidamente Germán, con su trabajo, tratará de mostrarnos, en particular, todo esto a partir de la teoría de las generaciones.

Néstor Avella